

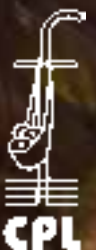
Galilea. 153

Liturgia, pastoral, vida cristiana

Puertas abiertas

Laura Mor:
«No debemos
hacer una
comunidad
de los mejores,
sino una
de todos».

Número 15
Septiembre-Octubre de 2020
4,00 €





RETOS DE LA IGLESIA DESPUÉS DEL CONFINAMIENTO

X 20

Sumario:



4

10



5

12



6

14



8

15



9

16



10



12



14



15



16

Y en la web (<http://galilea.153.cpl.es>)



Galilea.153
Liturgia, pastoral, vida cristiana**Año 3. Número 15**
septiembre-octubre 2020**Edita:**Centre de Pastoral Litúrgica
de Barcelona**Periodicidad:**

6 números al año

Suscripción anual**2019/2020:**

En papel: 24,50 €

Online: 18,50 €

Precio de este ejemplar:

4,00 €

Dirección:M. Àngels Termes
matermes@cpl.es**Equipo responsable:**Antoni M.C. Canal
José Antonio Goñi
Maria Guarch
Quiteria Guirao
Mercè Solé
Joan Torra**Consejo asesor:**Natalia Aldana
Dolores Aleixandre
Elisenda Almirall
Benjitu Bareto
M. Antònia Bogónez
Anna-Bel Carbonell
Cori Casanova
Paula Depalma
Albert Dresaire
Ascentxu Gómez
Manolo Juárez
Jordi Julià
Montserrat Lluveras
Tere Martín
Juan Carlos Pérez
Marta Pons**Dirección:**Centre de Pastoral Litúrgica
Nàpols 346, 1r.
08025 Barcelona
Tel. 93 302 22 35
wa: 619741047
cpl@cpl.es**Web:**<https://galilea.153.cpl.es/>**Fotografía de la portada:**

Mercè Solé

Dibujo página 2:

Juan Carlos Pérez

Vídeo:

Mercè Solé

Síguenos en las redes
sociales: @CPLeditorial

HACERNOS PREGUNTAS

Como podéis ver hemos titulado este número «Puertas abiertas». Queremos reflejar la voluntad de la Iglesia, a pesar de haber tenido cerrados los templos durante bastante tiempo, de permanecer abierta y ser acogedora.

Pero antes de llegar hasta aquí os explico cómo se ha gestado este número. Teníamos algunos temas posibles, pero nos pareció que los debíamos aparcar para reflexionar a raíz de la crisis provocada por el coronavirus.

Pensamos que ante todo era preciso hacerse preguntas sobre el pasado y hacia el futuro. Primero hacerse preguntas... después ya vendrán las respuestas. Convocamos una reunión del Consejo Asesor por vía telemática que resultó muy enriquecedora. Un primer resultado lo tenéis en la mano.

Pero antes de leer la revista os invito, queridos lectores, a plantearos preguntas también vosotros. Las respuestas ya vendrán. Porque las que damos a bote pronto a menudo no son realistas.

Demos el primer paso de plantearnos preguntas. A partir de lo que hemos vivido personalmente, en la parroquia-comunidad, socialmente... ¿qué preguntas nos surgen? Cito no exhaustivamente algunos campos:

- | | |
|---|--------------------------------|
| en la liturgia y celebraciones | en el trabajo |
| en las actividades pastorales | en la escuela e institutos |
| en la catequesis | en la universidad |
| en la educación en el tiempo libre | en la investigación |
| en la vida de comunidad | en la atención sanitaria |
| en la atención a los más pobres y vulnerables | en el cuidado de la naturaleza |
| en la formación | en la vivienda |
| en la espiritualidad | en la inmigración |
| en la atención a los enfermos y ancianos | en la economía |
| en la familia | en la política |

Se trata de hacerse preguntas... No contestar rápidamente y dar lecciones de cómo deberían ser las cosas sin pensar mucho. No limitarnos a decir lo que deberíamos hacer nosotros y, sobre todo, los demás.

Esto lo saben hacer perfectamente los tertulianos de nuestras televisiones y de las redes sociales. Nos dan lecciones de cómo solucionarlo todo. Y, precisamente, su charlatanería tal vez no nos deja espacio para pensar por nosotros mismos.

Después de pensar vuestras preguntas, os invito a leer la revista... Seguramente surgirán nuevos interrogantes. De eso se trata.

Pero siempre teniendo en mente que queremos una Iglesia abierta aunque no pueda abrir de par en par las puertas de los templos.

M. ÀNGELS TERMES
matermes@cpl.es

NOS ESPERAN NOMBRES NUEVOS

DOLORES ALEIXANDRE, *Madrid*



Fotografía de Willfried Wende en Pixabay

Pasados los peores agobios de la pandemia, nos acosan ahora las preguntas: ¿qué huella va a dejar en nosotros lo vivido durante estos meses?, ¿cómo gestionar el vendaval de sensaciones y experiencias?, ¿seremos capaces de aprovechar tantas lecciones de vulnerabilidad? Tenemos dos caminos para encontrar respuestas: uno, a partir de nuestros hábitos de razonamiento y reflexión, aprendidos a lo largo de muchos siglos de cultura occidental: observar, analizar, abstraer, relacionar, sacar conclusiones.

El otro camino es recurrir al «instrumental» del que echan mano los autores bíblicos que nunca emplean lenguaje abstracto ni pronuncian palabras como «contingencia», «fragilidad», «inseguridad», «debilidad» o «indefensión». Ellos, sin más preámbulos ni explicaciones, nos plantan delante de hombres o mujeres concretos que pasaron por situaciones de miedo, oscuridad, impotencia, enfermedades, peligros, sudores y lágrimas. Y nos dicen: ahí los tenéis, miradlos con atención y descubrid qué transformaciones se dieron en ellos después de haber atravesado esa maraña aparentemente intransitable.

Fiándome de su método propongo mirar a dos personajes que nos son muy conocidos, Simón hijo de Juan y Pablo de Tarso, unidos por muchas cosas, entre ellas que los dos cambiaron de nombre.

¿Solo de nombre? El pescador «Simón hijo de Juan» (*Juan 1,42*) llamado por Jesús en los comienzos, era primario, directo, seguro de sí mismo, confiado en sus propias fuerzas. Bastante parecido a Saulo de Tarso que muy poco después galoparía en plan de guerrero del antifaz rumbo a Jerusalén, decidido a cargarse a

cualquiera que se resistiera a sus infalibles convicciones fariseas.

(¿Y si nosotros no fuéramos tan distintos de ellos? Porque, en plenas ífulas «pre-pandemia», creíamos dominar el planeta a golpe de clic, embelesados con el 5G y dando por supuesto que los que cuidaban, limpiaban, servían, atendían o cultivaban estaban ahí para nosotros. Hasta que llegó el derrumbe).

Cuando Simón hijo de Juan negó aquella noche conocer a Jesús, se quedó hundido en la conciencia de sus límites y con el orgullo bajo la suela de las sandalias. Y el batacazo de Saulo, con o sin caballo, fue lo de menos: lo peor fue quedarse a oscuras, darse cuenta de que necesitaba a otros, dejarse guiar por los que antes iban detrás, ponerse a des-aprender casi todo (*Hechos 9,1-9*).

Los dos recibieron nombres nuevos: Simón hijo de Juan, después de pasar por el bautismo de su propia inconsistencia, pasó a llamarse «Pedro-el-roca» con el encargo de ofrecer solidez y cimiento. El que ahora sabía de fragilidad y de fallos, podía sostener las vidas de otros y anunciar a Aquel en quien había que apoyarse.

El gran Saulo era ahora Paulo «el pequeño», el que cuando hablaba de sí mismo se veía como un corredor volcado en alcanzar la meta, porque antes había sido alcanzado por Aquel hacia quien corría (*Filipenses 3,12*).

¿Y nuestros nombres nuevos? La Escritura nunca da respuestas hechas. «El que pueda entender, que entienda», dicen que decía Jesús.

LAS GRIETAS DEL CORAZÓN

ANNA-BEL CARBONELL, *Sant Cugat del Vallès*

El corazón se nos agrieta cada vez que por un motivo u otro sufrimos una pérdida. Es entonces cuando, a veces, sin ser plenamente conscientes de ello empezamos un proceso de duelo que durará el tiempo que sea necesario hasta que nos sintamos saciados y sosegados, hasta que recobremos la merecida paz interior. Hacer el duelo consiste en ese proceso psicológico y espiritual en el que nos sumergimos, queriendo o no, después de una pérdida, y que nos deberá reconducir de nuevo al sentido de nuestra vida.

El error está en pensar que solo nos afrontamos al duelo cuando se nos muere alguien a quien queríamos mucho. Evidentemente es el duelo más doloroso, el que más nos afecta y por el cual todos pasamos en algún momento. Pero nos engañamos si no reconocemos cómo se desgarran nuestros sentimientos y emociones cada vez que sufrimos una pérdida debida a otros factores como la enfermedad, un accidente, una amistad que se ha alejado, un trabajo que hemos perdido, unos estudios que

no han prosperado, aquella relación de pareja rota, el cambio de vivienda, aquel recuerdo perdido... Estos y otros duelos no siempre reconocidos de cada día nos pueden llegar a invalidar y rompen, también, nuestro corazón aunque no seamos conscientes y no sean comparables con la sensación de vacío que deja la muerte de un ser querido. Ignorarlos no hará desaparecer el dolor, la tristeza, la congoja o la destructiva rabia de nuestro corazón fracturado. La intensidad y duración del proceso variará en función del grado de vinculación emocional con lo perdido, y según la manera de ser y la historia previa de cada persona y de su entorno.

La conocida psiquiatra E. Kübler-Ross identifica cinco estadios que se dan siempre que sufrimos una pérdida: negación, ira, negociación, depresión y aceptación. Ahora no los explicaremos, pero sí precisaremos que es normal que nos atasquemos en alguna de estas fases, y nos cueste completar el ciclo. Porque no es fácil enfrentarnos cara a cara con lo que

ha pasado y nos podemos sentir desorientados, con sentimientos y emociones desbocados; o inexpressivos y con un corazón silenciado. Mientras hacemos el duelo –cada uno a su ritmo– deberemos poner palabras y expresar el hecho acaecido, valorando qué significa para nosotros aquella pérdida. Nos puede ayudar a cerrar el círculo y sentirnos aliviados el dejarnos acompañar por los demás y darnos cuenta de que no podemos ignorar el duelo porque es parte de la vida y debemos integrarlo y convertirlo en un proceso enriquecedor, sanador y fortalecedor.

Adentrándonos en nuestra finitud, sentimos que somos límite, fragilidad y debilidad. La muerte, la pérdida son realidades que nos sobrepasan y que interrogan nuestra razón y esto nos conduce a no poder responder a cuestiones trascendentes y vitales. Para los creyentes, además, el sufrimiento por la pérdida vivida, sea cual sea, nos debería llevar a vivir un duelo acompañado y anclado en una gran esperanza y apoyado en el valor comunitario de la vida.



Fotografía de Willfried Wende en Pixabay

LAURA MOR: EL CONFINAMIENTO NOS HA CONDUCIDO A LA ESENCIA DE LA FE

MERCÈ SOLÉ, *entrevista y fotos, Viladecans*

Durante los días de confinamiento la Iglesia se ha sentido perturbada: aparte de que la actividad pastoral se ha visto interrumpida, durante parte de la Cuaresma y hasta el final de la Pascua ha sido imposible celebrar de forma presencial la Eucaristía y, lo que es más grave, la llamada a acompañar con nuestra presencia las situaciones de sufrimiento se ha visto imposibilitada y, por lo tanto, hemos vivido la paradoja de que el bien común requería permanecer en casa, que es justo lo contrario de lo que nos salía del corazón. Esta mezcolanza de frustración y de duelo ha comportado que desde numerosos espacios eclesiales haya brotado una gran creatividad a la hora de vivir comunitariamente la fe, de acompañar personas, de celebrar, de hacer catequesis... Aunque toda esta tarea ha permanecido muy invisible, porque la institución ha perdido visibilidad.

En este contexto, en Cataluña, vimos un documental excelente, *La Iglesia confi-(N)ada. Ser cristiano en tiempos de coronavirus* producido por Animaset y dirigido por la periodista Laura Mor, en el que se nos mostraba la lluvia de iniciativas que desde las familias, parroquias, comunidades, congregaciones religiosas, trataban de dar respuesta solidaria a la pandemia. Un signo de esperanza, no solo para sentirnos útiles, sino también como semilla de la Iglesia de futuro.

Conversamos sobre todo ello con Laura Mor, periodista y editora (y madre de familia, y coordinadora de la catequesis en su parroquia), que trabaja en el portal *Catalunya Religió* y en la productora Animaset. Es, sin duda, una buena conocedora de la Iglesia, y no solo en tiempos de pandemia...



Existe un concepto del «P3 de la Teología» que es cuando en la catequesis se explica la diferencia entre la Iglesia en mayúscula y la iglesia en minúscula. Durante el confinamiento hemos vivido cómo la iglesia en minúscula, el templo, quedaba cerrada. Pero también cómo la Iglesia en mayúscula se ha mantenido bien abierta y activa, bien viva. Las «piedras vivas», conectadas con la sociedad, transforman y acompañan, y forman un núcleo que agrupa, fortalece y aporta sentido.

Cuando comenzamos el documental comentábamos con algunos amigos párrocos que quizás deberían someterse a una cura de narcisismo porque ¡tantas horas de vídeo y de exponernos a cámara acaba pasando factura! Pero lo cierto es que tampoco acaba de representar qué es la comunidad cristiana. Mucha

gente, y muchos sacerdotes, han preferido hacer otra clase de pastoral porque creían que era necesario transmitir también la pluralidad de la comunidad.

¿El talante de la comunidad ha marcado también la forma de relacionarse durante el confinamiento, tanto por lo que respecta a la propia comunidad como por lo que atañe a las relaciones con su entorno?

Ciertamente. Allí donde había red y conexión con el entorno, esto se ha podido cuidar. Donde había grupos de whatsapp de la comunidad cristiana, o el hábito de utilizar el correo electrónico, por ejemplo, la comunicación no se ha interrumpido. Parroquias que ya tenían una dinámica parroquial de trabajo en equipo, de compartir, de una cierta participación, han mantenido esta forma de hacer. En una crisis, nos

situamos en el lugar donde hemos estado trabajando los últimos años y los últimos meses. En los lugares donde había un trabajo de equipo –el trabajo de equipo no se improvisa– se ha podido reaccionar más rápidamente. Claro que son muchos factores: desde el envejecimiento de la comunidad al acceso de las nuevas tecnologías. Pero lo más importante es la apertura, la disponibilidad, el saber escuchar y preocuparse.

¿Crees que tendrá repercusión en la forma de comunicar de comunidades y parroquias?

Sí. Yo creo que ha sido como hacer unos deberes que estaban pendientes. Quien se ha activado y ha salido fuera, a los medios de comunicación, aunque sea con dispositivos móviles o con mil recursos caseros, ha podido llegar a la gente en un momento en el que la gente no po-

día venir. Esta es la Iglesia en salida que tantas veces se proclama. ¿Qué medios le dedicamos? La comunicación es clave. Es fundamento de la vida y de la acción de los cristianos: anunciar, denunciar y también acompañar a la gente en su día a día con los medios de hoy.

¿Cuáles son los retos de la Iglesia que se han puesto más de manifiesto?

Con la pandemia y como Iglesia, el reto es ir a la esencia, poderse liberar de todo lo que hace pesada la estructura, lo que se ha ido añadiendo y que no libera a la persona; todo lo que no hace visible que existen unas relaciones humanas de por medio, más allá de protocolos. Hay que detenerse y establecer un diálogo y un trabajo para ver qué es lo más importante; que eso sea compartido y que las comunidades vayan adelante desde esta perspectiva de priorizar la atención a las personas, el cuidado de los más vulnerables, y de caminar con ellos y ver cómo se les incluye y cómo participan. A veces parece que prestamos un servicio «a», como si esas personas fueran usuarias; pero no caminan «con» la Iglesia.

La Iglesia son estas personas que no cuentan a nivel político, que no figuran en estadísticas ni influyen en el PIB. La Iglesia debe tener un carácter muy distinto, acogedor, abierto, transformador, más social. En esencia, esto está muy relacionado con los proyectos para evitar el cambio climático, que son una llamada urgente e inaplazable de nuestra época. La pérdida de biodiversidad, la explotación del planeta, la emergencia climática afectan a la vida de personas muy humildes en lugares sin recursos. No podemos vivir así. ¿Qué vamos a dejar a las generaciones del futuro? Son cuestiones que se han ido trabajando con la *Laudato si'*, que ahora cumple cinco años.

Esta Iglesia que la pandemia nos ha mostrado es más auténtica, pero quizás menos visible, porque tiene menos protagonismo.

Más allá de que sea o no visible, la cuestión es que esté, porque forma parte de la identidad de los cristianos, en el ámbito de la oración, de

la espiritualidad. Los servicios y la acción humanitaria son muy loables, pero acaso no acaban de llegar al núcleo si no se fundamentan en una fe original. Tal vez hemos sido invisibles, pero hemos rezado más que nunca. Estos días nuestros grupos de oración y de revisión de vida han sido diferentes: en la forma de abrirnos unos a otros, de empatizar, de mostrarnos tal como somos desde nuestra fragilidad.

En contextos de dificultad, la gente siempre va a la pregunta esencial, buscamos refugio y un lugar donde sabernos unidos. Nos sentimos en comunión: aunque no haya contacto físico, estamos conectados con una conciencia universal muy grande. Y eso es común a todas las religiones, que comparten esta visión global de dignidad humana. Todo pasa por el Espíritu, para mirar hacia dentro y sentir que este te conduce hacia fuera y que todo el mundo tiene el mismo valor como persona. En momentos de mucha prisa quien no se detiene a encontrar su centro, va como un pollo sin cabeza. Puedes correr, pero no tiene sentido. En esta sociedad que nos empuja a este sinsentido hay que parar y centrarse. Hacer un silencio interior en medio del ruido y entender que hay una estima universal, un qué de bondad en todas las personas y que desde aquí se puede construir nuestra red y mirar al futuro.

¿Aprovecharemos esta experiencia como base para cambiar cosas o volveremos a la anterior normalidad?

La comodidad da estabilidad y tranquiliza. Siempre es más fácil poner la directa que contar con el otro y escucharlo. Hay en cambio quien tiene olfato para detectar capacidades y virtudes y para integrarlas al servicio de la comunidad. Yo creo mucho en saber leer en las personas a qué están llamadas, a recuperar vocaciones, en un sentido pedagógico, desde los más pequeños, que están construyendo su ser, a las personas que son adultas y pueden reorientar sus vidas. Teniendo presente qué es más importante para ti y dónde puedes ser más feliz. La participación hace a las comunidades más fuertes y más resilientes.

¿La potente imagen de la Iglesia vacía es una metáfora de nuestra Iglesia occidental?

Yo creo que hay que poder mantener un humanismo exigente, que significa incluir a personas que están a nuestro alrededor, que quizás no vengán a misa, pero que están dispuestas a colaborar en lo que convenga. Hay personas conscientes de que la Iglesia está vehiculando algo importante, pero todavía no participan de una liturgia, o no están formalmente vinculadas. Hay gente aún que no acaba de comprender nuestro lenguaje, pero sí nuestra forma de vivir. No creo que nuestra comunidad deba ser la de los mejores, sino la de todos. Y cada uno desde el lugar donde está y con su mochila, con sus virtudes y excelencias y con sus debilidades. A veces nos toca caminar junto a personas que huelen mal. A medida que vamos trabajando en ello nos abrimos a cambiar dinámicas que permitan acoger a las personas con una visión más abierta para construir esta Iglesia en mayúscula que está en el mundo y para hacer mejor el mundo. Esta es la misión.

La liturgia es fruto de la vida compartida y nos devuelve a la vida. Experimentar la ausencia de liturgia nos ha permitido sentir su sed.

En el caso de la liturgia es importante que el lenguaje y los códigos de transmisión sean comprendidos y compartidos por la gente, que puedan conectar con su experiencia. Celebrar solo para el propio beneficio y por un bien espiritual individual que no transforme no tienen ningún sentido. La espiritualidad debe ser más auténtica.

Nosotros hemos podido conocer el Evangelio y nos hemos beneficiado de él, pero tenemos una deuda con las generaciones de futuro. Si el Evangelio vale la pena para nosotros y nos lo creemos, si nos ha transformado y ha dado sentido a nuestras vidas, lo queremos para los demás, queremos comunicarlo. Es el sentido básico de la evangelización. Ello significa procurar transmitir una fe significativa para los que vendrán.

DE LA EUCARISTÍA SACRAMENTAL A LA EUCARISTÍA EXISTENCIAL

OLGA CONSUELO VÉLEZ, *Bogotá - Colombia*

El evangelio de *Mateo* 12,1-8 presenta las críticas que los fariseos le hicieron a Jesús porque sus discípulos, el sábado, tenían hambre y comenzaron a sacar las espigas y se comieron los granos. Eso no lo podía hacer un buen judío. Los discípulos no estaban cumpliendo la ley de guardar ese día que era lo que garantizaba su fidelidad a Dios. Jesús les responde con el ejemplo de lo que hicieron David y sus compañeros cuando estaban muertos de hambre: «Entraron a la casa de Dios y comieron los panes sagrados que ni él ni sus compañeros podían comer, sino solamente los sacerdotes». Así, Jesús les explica la novedad del reino: «Aquí hay uno que es más grande que el Templo», es decir, Jesús supera toda Ley, todo cumplimiento, toda norma.

Estas lecturas sobre el sábado hoy nos interpelan e invitan a ponerlas en práctica. La vida cristiana no es una vida de cumplimiento. Es una vida de libertad. Y no por un relativismo absurdo sino porque Jesús pone al ser humano en el centro de toda religión y todo lo demás a su servicio. La vida cristiana es misericordia, compasión, fraternidad/sororidad, disponibilidad, servicio, entrega, donación de sí, entrega de todo y, por supuesto, de sí mismo.

La situación de cuarentena que hemos vivido nos quitó la posibilidad de participar de la Eucaristía «sacramental» pero no de la Eucaristía «existencial» que, si entendemos el mensaje del reino, no significa que ahora veamos la misa por televisión o que partamos un pan en nuestras casas y hagamos muchas oraciones. La verdadera Eucaristía existencial la celebramos cuando asumimos las circunstancias que vivimos y las hacemos un verdadero «partir el pan».

Hay Eucaristía existencial cuando nos duele la cantidad de personas que han muerto por este virus. Cuando nos comenzamos a quitar el pan de nuestra boca para compartirlo con tantos que tienen necesidad. Cuando pagamos el salario a las personas que nos sirven (servicio doméstico, portería, jardinero, etc.) sin que vengan a trabajar. Y, por supuesto, cuando pagamos un salario justo. Cuando pensamos en serio qué modelo económico tenemos que fomentar para que todas las personas tengan cubiertos sus derechos básicos.

Hay Eucaristía existencial, cuando contemplamos la creación y vemos que está descansando de nuestra explotación absurda, aunque todavía es infinitamente poco, comparado con todo el cambio ecológico que deberíamos hacer para cuidar efectivamente de la casa común.

Hay Eucaristía existencial cuando los grandes empresarios y los bancos no piensan en ganar sino en repartir lo que tienen para que todos puedan vivir.

Pero también hay Eucaristía existencial cuando la Iglesia institución se replantea su vivencia de los sacramentos e invita a los fieles a que no sientan que pierden lo sacramental porque no pueden asistir al templo, sino que les inviten a vivir los sacramentos en esa cotidianidad donde se juega la vida cristiana y que llena de contenido y sentido la celebración ritual. También cuando no hay temor de ser una Iglesia pobre como consecuencia de esta situación.

Ojalá que esta pandemia nos ayude a vivir la Eucaristía de la vida que es asumir el momento presente y hacer todo por salir adelante, no a nivel individual sino comunitario. Que tanta celebración sacramental que se transmite por los medios de comunicación no nos evada de la vida concreta y de la espiritualidad encarnada y nos haga creer que por mucho «ver» liturgias o «asistir» a ellas estamos cumpliendo la ley. En realidad, la verdadera religión –la que el Señor quiere– asume la vida y se compromete con ella.

Fotografía de Dimitri Conejo en Catholicpic



JESÚS ES CONFINADO EN EL DESIERTO

MAR PÉREZ, *Lleida*



Fotografía de Alexander Antropov en Pixabay

¿Qué podemos sacar del confinamiento que hemos sufrido estos meses? Si revisamos los textos bíblicos encontramos muchos «confinamientos» que pueden ayudarnos a llenar de sentido lo que nos ha tocado vivir. Me gustaría centrarme en uno concreto: los cuarenta días en el desierto de Jesús (*Marcos 1,12-13; Mateo 4,1-11; Lucas 4,1-13*).

Jesús es conducido por el Espíritu al desierto y allí se retira para pensar, para decidir, para continuar con el camino que le propone su Padre. Jesús no empieza su camino sin pensarlo, sino que aprovecha la oportunidad que le ofrece el Espíritu y se recluye para descubrir y superar los poderes que se oponen al reino de Dios. No debía ser fácil mantenerse en ayunas cuarenta días en el desierto, ni ser fiel a la voluntad del Padre. El silencio, que hemos escuchado en nuestras ciudades, la soledad que nos ha acompañado estos días y el miedo a enfermar o perder a algún ser querido han sido parecidos a los sentimientos que Jesús debía tener en el desierto de Judea.

Entonces, precisamente en el momento en el que está rodeado de debilidad, se presenta el Mal y le

ofrece todo lo que le falta, como si nos hubieran ofrecido la inmunidad ante el virus. Jesús tenía hambre, mucha, dicen los evangelistas, y el diablo le ofrece convertir las piedras en panes; pero Jesús sabe que solo desde la propia fragilidad humana se puede ayudar a los pobres, los enfermos y los olvidados de la tierra. Nosotros sabemos que solo desde la solidaridad con todos los hombres y mujeres podemos salvarnos de esta enfermedad. Pero el diablo es terco y vuelve a tentarlo y entonces le ofrece la gloria del mundo y el poder religioso. Pero Jesús sabe que tanto la divinidad como la gloria pasan por la cruz. Los poderes que le propone el mal están en las antípodas de Dios. La debilidad que le rodea le hace humilde, no se queda en las nubes y percibe la realidad tal cual es, y es entonces que desde la certeza de saberse amado, Jesús, de manera libre y voluntaria, puede confiar en Dios y arriesgarlo todo.

La pandemia nos daba la posibilidad de encerrarnos en nosotros mismos, y revisar nuestra vida, y discernir el trigo de la cizaña. Jesús fue fiel a lo que Dios le pedía. El Mal le ofrecía el éxito y el triunfo tal como lo entiende el mundo, pero él eligió el

amor incondicional que comporta la inseguridad y el riesgo de vivir, eligió ser frágil entre los frágiles y desde la fragilidad servir y acompañar. Después de haber estado confinados y de haber compartido una misma vulnerabilidad con todos los demás se nos ofrece la posibilidad de hacer una revisión radical de nuestro estilo de vida y de transformar nuestros valores acomodados y burgueses saliendo a «predicar el Evangelio» con valentía y libertad –parresia– tal como hizo Jesús (*Lucas 4,16-20*).

Para el diálogo:

El artículo de Consuelo (página 8) relaciona Eucaristía sacramental con Eucaristía existencial. ¿Nuestras celebraciones son la fuente para la Eucaristía existencial o son solo ritos para cumplir?

Mar vincula directamente el «confinamiento» de Jesús en el desierto con la predicación posterior de la Buena Noticia. ¿La oración y el silencio personal o los retiros comunitarios nos conducen a predicar la Buena Noticia o sirven solo para mirarnos a nosotros mismos?

Los títulos de las lecturas

En los leccionarios, como en el misal, lo que está en letra roja son las rúbricas, normas y explicaciones de los ritos que, evidentemente, no se leen. Así, antes de las lecturas, aparece el título (primera lectura, salmo responsorial, segunda lectura, evangelio) y también una breve cita del texto que se leerá, y la referencia

bíblica del capítulo y versículos de donde se ha sacado; todo esto, por tanto, no se debe leer.

Solo hay que leer lo que está en letra de color negro, en este caso el nombre del libro bíblico al que corresponde la lectura que leeremos (Lectura de...).

¿Cómo leer el versículo antes del evangelio?

Como indica el leccionario, si el versículo antes del evangelio no se canta, se puede omitir y limitarse al canto del aleluya o a la aclamación correspondiente. En muchos lugares, sin embargo, se prefiere leerlo. En este caso, lo que suele hacerse es, con la asamblea en pie, cantar el aleluya o la aclamación, leer el versículo, y repetir el canto. El problema se produce en el momento de decidir quién debe leer el versículo. A veces lo hace el lector de la segunda lectura, a veces el diácono o presbítero que leerá el evangelio... Y hay que decir que no es una buena práctica. Porque este versículo no tiene nada que ver con la segunda lectura, ni

tampoco es conveniente que quien va a leer el evangelio haga también esta especie de introducción que quita relevancia a lo que se leerá a continuación.

Si se lee este versículo, lo mejor es que lo haga el director de cantos, porque el versículo es, en realidad, un canto. Si los cantos se dirigen desde un lugar cercano al ambón, el director se acerca al ambón y desde allí entona el aleluya y lee el versículo. Y si se dirigen desde un lugar más alejado, no cuesta demasiado tener un misal manual y leer el versículo allí. Si no se puede hacer bien, recordemos que es opcional y se puede omitir.

El silencio durante la liturgia de la Palabra

Todos tenemos conciencia de la importancia del silencio para ayudar a vivir más intensamente la celebración, especialmente durante las lecturas de la Palabra de Dios, para facilitar su escucha, la comprensión y la meditación.

Conviene que haya en ella unos breves momentos de silencio en los que, con la gracia del Espíritu

Santo, se perciba en el corazón la Palabra de Dios y se prepare la respuesta a través de la oración. Estos momentos de silencio pueden observarse antes de que se inicie la misma liturgia de la Palabra, después de la primera y la segunda lectura, y una vez concluida la homilía.

«UNA IGLESIA, 10 HISTORIAS»

SARA DE LA TORRE, *redactora de Ecclesia, Madrid*

A pocos días de concluir el Estado de Alarma, nació la iniciativa «Una Iglesia, 10 historias». Los medios de comunicación de la Iglesia, *Ecclesia*, *Cope* y *Trece* y la Oficina de Información de la Conferencia Episcopal Española unieron todo su trabajo y esfuerzo durante la pandemia para ofrecer diez historias que ejemplificasen la labor de la Iglesia durante el confinamiento.

Porque la Iglesia estuvo en primera línea, al pie de todos aquellos que necesitaban lo más esencial. Acogida, acompañamiento y asistencia que si bien no se publicitaron, sostuvieron a muchas personas y tuvieron siempre la puerta abierta.

Por eso, la iniciativa «Una Iglesia, 10 historias» busca poner de manifiesto la respuesta conjunta que la Iglesia ha dado en medio de las dificultades. Comunicar y hacer memoria de los gestos y testimonios que estas personas han protagonizado a lo largo del confinamiento.

Todos, también en comunicación, nos vimos sorprendidos por una pandemia y «obligados» a quedarnos en casa para evitar contagios, y fue entonces cuando comenzamos a redescubrir la comunicación, también la que afectaba a la Iglesia. Misas por *streaming*, rosarios por *Facebook Live*, eucaristías por televisión, subsidios digitales para orar en casa y en familia, se han multiplicado exponencialmente en las semanas de confinamiento.

La comunicación en diversas plataformas nos ha entrelazado como nunca; de hecho, millones de personas estuvieron conectadas a través de la televisión y las redes sociales en esa imagen impactante de la bendición *Urbi et Orbi* del papa Francisco con la plaza de San Pedro vacía. La pandemia ha afectado la vida de la Iglesia y esta ha sabido aprovechar los medios de comunicación para hacer su labor.

Lo que hemos vivido es algo inédito que nos va a marcar de por vida, y la Iglesia ha sido el hilo conductor de muchas historias. Hablar de ellas es plasmar cómo algunos seminarios se han convertido en improvisados albergues para personas sin techo o para acoger a las Fuerzas de Seguridad del Estado, que van de pueblo en pueblo para desinfectar las residencias de ancianos. Es hablar de los comedores sociales, que

también se han tenido que repensar y muchos de ellos se han transformado en servicios de comida a domicilio ante la imposibilidad de las familias de acudir a ellos. La creatividad cristiana ha llegado a límites insospechados e incluso ha conseguido traspasar los gruesos muros de los conventos.

Es también ponderar la labor de tantos sacerdotes que no han soltado las manos de sus fieles, ni siquiera en los hospitales, donde solo los capellanes podían acompañar en ocasiones los últimos minutos de vida de los enfermos. Estas historias son testigo de todos los que voluntariamente, siguiendo la llamada de su vocación y misión, han contado al mundo la labor de la Iglesia, también en los momentos más difíciles de la humanidad.

De esta forma, a través del hashtag [#10de10](#), [#SomosIglesia24siete](#), se unieron diversas plataformas, instituciones, medios de comunicación, congregaciones, movimientos y demás miembros de la familia de la Iglesia en España que puso de manifiesto su comunión cuando la sociedad más lo necesita.



SANTIDAD PARA TODOS

PAULA DEPALMA, *Madrid*

En este espacio recordaremos los aspectos litúrgicos que van desde el día 4 de octubre hasta el final del año litúrgico, esto es, justo antes de que comience el tiempo de Adviento.

Nos encontramos en la recta final de este año litúrgico en la cual las lecturas de los domingos, como corresponden al ciclo A, siguen el evangelio de Mateo. Las lecturas marcan un tono ciertamente definitivo y de final, lo que llamaríamos escatológico. Por ello encontramos lecturas como «Entregaré el reino a Dios Padre, y así Dios será todo en todos» (1 Corintios 15,20-26.28), «Dios llevará con él, por medio de Jesús, a los que han muerto» (1 Tesalonicenses 4,13-18) o la invitación: «Andemos en una vida nueva» (Romanos 6,3-9).

En sintonía con este tono de final y de transformación hacia un nuevo comienzo, concluirá el año con la solemnidad de Cristo Rey en la que se presenta a Cristo como Señor de todo y por quien la salvación alcanza a los confines del mundo.

Pero antes, tendremos dos fiestas muy significativas que son la de Todos los santos y la de los fieles difuntos. Este año, la solemnidad de Todos los Santos cae en domingo (el día 1 de noviembre) por lo que no se leen las lecturas propias del domingo sino las de la solemnidad. Esta fiesta nos recuerda que todos, los que estamos vivos y los que ya han muerto, gozamos de la santidad de Dios y nos anuncia que «veremos a Dios tal cual es» (1 Juan 1,3).

El día 2 de noviembre es la conmemoración de los fieles difuntos. Este año puede tener una importancia especial porque es una celebración no solo personal sino también colectiva de quienes han pasado por la muerte. A lo largo de este año muchos familiares, amigos o conocidos han muerto y a muchos de ellos no se les ha podido hacer duelo ni recordarlos comunitariamente o ritualmente como siempre lo hacíamos. Por eso, esta fiesta puede ser una buena ocasión para hacer un rito o una celebración que los recuerde y celebre. Su santidad anima a la nuestra.

Entre los santos que recordaremos encontramos a Francisco de Asís (4 oct.), Tomás de Villanueva (10 oct.), Teresa de Jesús (15 oct.), Lucas (18 oct.), Salomé (22 oct.), Ignacio de Antioquía (17 oct.), Carlos

Borromeo (4 nov.), Catalina de Alejandría (25 nov.), Andrés (30 nov.), entre otros muchos, y celebraremos de manera especial la Presentación de la Virgen María el día 21 de noviembre.

El último domingo, el XXXIV del tiempo ordinario, con la solemnidad de Cristo Rey, damos cierre al año litúrgico celebrando que nuestro Señor es el Señor de todos los santos, de todos los pueblos y de toda la creación. Y así dejamos paso a un nuevo comienzo, con el tiempo de Adviento, que nos preparará a la Navidad.



Fotografía: Cordero de Dios del Beatus de la Seu de Urgel, del siglo X, del Museo Diocesano de Urgel

RETOS Y OPORTUNIDADES ANTE LA CRISIS

Estamos inmersos en una gran crisis sanitaria y social. Parece como si el mundo se hubiera trastornado y que todas las seguridades que teníamos hasta ahora las hubiéramos perdido... parece... Pero, Señor, Tú sabes muy bien que a menudo este análisis lo hacemos desde nuestro punto de vista «privilegiado», porque para muchísima gente esta crisis ha venido sobreañadida. Nosotros podemos estar satisfechos para renunciar a algunas cosas de las que hasta ahora disfrutábamos, pero... ¿Y aquellos que ya no tenían nada? ¿Qué ocurre con los que la crisis les ha robado lo poco o nada que tenían? ¿Qué significa tener menos que nada?

Señor, yo creo que esta crisis puede ser una gran oportunidad para pensar más en nuestros hermanos; en aquellos que lo pasan muy mal (enfermos, ancianos, pobres, sintecho, parados, presos...), y para mostrar nuestro compromiso de verdad, dejando parte de nuestra seguridad, de nuestro bienestar, de nuestra salud y de nuestra tranquilidad, para darnos en cuerpo y alma a estos hermanos nuestros, y así poder llamarnos «hijos tuyos» sin pesar y colaborar en la venida de un cielo nuevo y una tierra nueva (*Apocalipsis 21,2*).
«Los que confían en él comprenderán la verdad y los que son fieles a su amor permanecerán a su lado, porque la gracia y la misericordia son para sus devotos y la protección para sus elegidos» (Sabiduría 3,9).

Amén.

CATEQUESIS POSCOVID

ALBERTO PARA, *Director del Secretariado de Catequesis, Barcelona*

Esta es una de esas ocasiones en la que no es preciso explicar el contexto, porque todos lo hemos vivido. Todo cambió de repente y todos padecemos esta extraordinaria situación durante meses. Esto supuso que todas las actividades quedasen afectadas y, por supuesto, también la catequesis.

Todavía es pronto para saber cuán hondo nos ha afectado esta situación excepcional y, por tanto, cuánta necesidad sentiremos para cambiar las cosas. Sin embargo, hay algunas notas que ya parecen resonar con más fuerza.

La primera de ellas es despertar y cuidar la relación personal con Jesús, pase lo que pase. La actividad catequética debe asegurar esta relación más allá de programaciones, de temas, de actividades extraordinarias, de zooms y de looms... Todas estas herramientas serán útiles si posibilitan dicha relación. La catequesis está llamada a despertar el deseo de encontrarnos con Jesús. En el futuro, la pregunta que debemos responder no debería ser qué hacer si vuelve con fuerza el coronavirus, sino si cada catequista favorece esa relación personal de quien acompañamos con Jesús, a través de la oración personal o comunitaria, de la Palabra, de los sacramentos...

También se ha puesto de manifiesto el papel fundamental de la familia. Estos meses anteriores no ha sido necesario recordar a los padres que debían hacerse cargo de sus hijos. Han rezado, estudiado, trabajado, se han divertido, han cocinado, planchado, cantado y soñado juntos, bajo las mismas cuatro paredes durante muchas semanas. Por ello, la catequesis

debería cuidar también la fe de los padres y madres, de toda la familia. No conviene olvidar que el Catecismo nos recuerda que la casa familiar es llamada con justicia Iglesia doméstica (*Catecismo de la Iglesia Católica* 1666).

Junto al importante papel de la familia, será imprescindible el acompañamiento del catequista. El catequista del futuro seguramente no será muy diferente al del pasado en lo esencial: será un enviado de la comunidad, se dedicará más a sembrar que a recoger frutos, cuidará su fe, frecuentará la Palabra y aportará aquellos talentos regalados por el Señor. Quizá el futuro ponga nuevos acentos: trabajar en equipo, procurar un mayor dinamismo, introducir el juego, manejar nuevas herramientas tecnológicas... mas sin olvidar lo sustantivo: ser testigo del Resucitado.

Por último, la experiencia de vivir alejados de la comunidad y de los sacramentos nos ha despertado una esperanzadora sed de todo ello. La consecuencia que se deriva es la necesidad de posibilitar que el tiempo de la catequesis acerque a las familias al resto de la comunidad y a Jesucristo. Ello será posible, sobre todo, consiguiendo que la catequesis sea un elemento más de la experiencia de encuentro que tiene toda la comunidad el domingo, día del Señor.

La futura propuesta de catequesis para la iniciación cristiana de la infancia, dirigida también a los padres y a las madres, que está elaborando el [Secretariado Interdiocesano de Catequesis](#) (SIC) de cara al curso 2021-2022, será una ayuda para que todo ello sea realidad.

DIOS TE CONOCE

POR TU NOMBRE



Sugerencias para los cantos de cada domingo o fiesta en nuestra web: <https://goo.gl/Y17Siv>

Del domingo 27 hasta el domingo 34 del tiempo ordinario, ciclo A

Con la solemnidad de Todos los Santos y la conmemoración de los fieles difuntos

Del 4 de octubre al 22 de noviembre de 2020

Domingo	Primera lectura	Segunda lectura	Evangelio
Domingo 27 4 octubre	La viña del Señor del universo es la casa de Israel <i>Isaías 5,1-7</i>	Ponedlo por obra, y el Dios de la paz estará con vosotros <i>Filipenses 4,6-9</i>	Arrendará la viña a otros labradores <i>Mateo 21,33-43</i>
Domingo 28 11 octubre	Preparará un festín, y enjugará todas las lágrimas <i>Isaías 25,6-10a</i>	Todo lo puedo en aquel que me conforta <i>Filipenses 4,12-14.19-20</i>	A todos los que encontréis, llamados a la boda <i>Mateo 22,1-14</i>
Domingo 29 18 octubre	Yo he tomado de la mano a Ciro, para doblegar ante él las naciones <i>Isaías 45,1.4-6</i>	Recordamos vuestra fe, vuestro amor y vuestra esperanza <i>1 Tesalonicenses 1,1-5b</i>	Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios <i>Mateo 22,15-21</i>
Domingo 30 25 octubre	Si explotáis a viudas y a huérfanos, se encenderá mi ira contra vosotros <i>Éxodo 22,20-26</i>	Os convertisteis para servir a Dios y vivir aguardando la vuelta de su Hijo <i>1 Tesalonicenses 1,5c-10</i>	Amarás al Señor tu Dios, y a tu prójimo como a ti mismo <i>Mateo 22,34-40</i>
Todos los Santos (domingo) 1 noviembre	Vi una muchedumbre inmensa... de todas las naciones <i>Apocalipsis 7,2-4.9-14</i>	Veremos a Dios tal cual es <i>1 Juan 3,1-3</i>	Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo <i>Mateo 5,1-12a</i>
Fieles difuntos 2 noviembre	Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor <i>Lamentaciones 3,17-26</i>	Andemos en una vida nueva <i>Romanos 6,3-9</i>	En la casa de mi Padre hay muchas estancias <i>Juan 14,1-6</i>
Domingo 32 8 noviembre	Quienes buscan la sabiduría la encuentran <i>Sabiduría 6,13-17</i>	Dios llevará con él, por medio de Jesús, a los que han muerto <i>1 Tesalonicenses 4,13-18</i>	¡Que llega el esposo, salid a su encuentro! <i>Mateo 25,1-13</i>
Domingo 33 15 noviembre	Trabaja con la destreza de sus manos <i>Proverbios 31,10-13.19-20.30-31</i>	Que el Día del Señor no os sorprenda como un ladrón <i>1 Tesalonicenses 5,1-6</i>	Como has sido fiel en lo poco, entra en el gozo de tu señor <i>Mateo 25,14-30</i>
Jesucristo, Rey del universo (domingo 34) 22 noviembre	A vosotros, mi rebaño, yo voy a juzgar entre oveja y oveja <i>Ezequiel 34,11-12.15-17</i>	Entregará el reino a Dios Padre, y así Dios será todo en todos <i>1 Corintios 15,20-26.28</i>	Se sentará en el trono de su gloria y separará a unos de otros <i>Mateo 25,31-46</i>

Un jubileo para la tierra

GRUPO ECOLOGÍA Y JUSTICIA, de Justicia y Paz

La pandemia de la Covid-19 ha puesto de relieve sobre todo la vulnerabilidad humana. Ante las ilusiones poshumanistas que prometen, incluso, un horizonte de inmortalidad, la pandemia ha evidenciado que, a pesar del progreso, nuestra fragilidad sigue siendo radical. Lejos de la omnipotencia del superhombre que pretende haber matado a Dios.

El redescubrimiento de la interdependencia de toda la humanidad tampoco es menor. Ni el poderoso y soberbio primer mundo ha sido inmune a la transmisión de la enfermedad. Ciertamente tampoco podemos decir que la pandemia nos haya hecho del todo iguales. El estigma de la desigualdad ha continuado y la estadística confirma que la pobreza siempre es un hábitat que multiplica la devastación de cualquier catástrofe natural.

El confinamiento para combatir la pandemia también ha sido revelador. A todos nos ha sorprendido la rapidez con la que las otras especies vegetales y animales recuperaban el terreno que los humanos abandonábamos al recluirnos en las casas. La naturaleza ha vivido una primavera excepcional. También el aire que respiramos ha mejorado con gran celeridad cuando hemos dejado aparcados los coches y

ha disminuido la circulación del transporte público, de los aviones y de los cruceros.

¿Realmente tenemos que volver a lo que denominábamos normalidad? No deja de ser una forma de vida desequilibrada incluso suicida en muchos sentidos.

Con el repentino parón de la mayor parte de la actividad económica también hemos experimentado un decrecimiento forzado, temporal pero profundo. Hemos constatado los inmediatos beneficios medioambientales de ello pero también los efectos económicos devastadores sobre determinadas capas de la población.

Esto nos debería alertar de manera especial. El planeta necesita que detengamos el crecimiento, lo que debería implicar, al menos en los países ricos, decrecer. El decrecimiento puede ser voluntario y regulado, asegurando que no haya descartados. Pero si el decrecimiento es forzado por un colapso de la economía puede tener nefastas consecuencias sociales. La superación de la crisis económica poscovid es un banco de pruebas. En este contexto, se celebra el quinto aniversario de la encíclica *Laudato si'* del papa Francisco. Un texto que alerta sobre la crisis socioambiental que vivimos la humanidad y el planeta donde habitamos. Y una propuesta de



superación de esta crisis que debe pasar por la conversión personal hacia lo que Francisco denomina una ecología integral.

No puede ser más oportuno volver a los planteamientos de la encíclica. Con mayor motivo cuando ha tenido una recepción demasiado superficial dentro de la propia Iglesia. El Papa debe ser consciente de ello. Ha propuesto celebrar todo un año *Laudato si'*, hasta el 24 de mayo de 2021. Un año para promover esta conversión con un compromiso tanto personal como comunitario que sea capaz en siete años de alcanzar una transformación real hacia la sostenibilidad de familias, escuelas, diócesis, parroquias o instituciones de todo tipo. Se nos propone vivir un auténtico jubileo de la tierra. ¡El jubileo de la casa común!